

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL

Discurso Político



MONTEVIDEO

Tip. y Enc. «Al Libro Inglés», calle 33 núm. 61

1897

DISCURSO POLÍTICO

g. 12
DANIEL MARTÍNEZ VIGIL

DISCURSO POLÍTICO

Pronunciado en la gran Asamblea popular celebrada en el «Teatro Cíbils» el domingo 31 de Enero de 1897.



BIBLIOTECA

NACIONAL

DONACION MELIAN LAFINUR

B. 1.095
MONTEVIDEO

Tip. y Enc. «Al Libro Inglés», calle 33, 61

1897.

81.313

SEÑORES:

El éxito de esta reunión no me toma de sorpresa. Contaba de antemano, para predecir su resultado brillante, con el celo y el concurso nunca desmentidos de la vieja y de la nueva guardia de nuestra comunidad política. Contaba con el celo y el concurso de los veteranos, porque sé que las afecciones corporativas, cuando se profesan con sinceridad, hallan sus raíces en las mismas raíces del espíritu, y porque era lógico suponer que los que habían hecho acto de presencia en los cruentos campos de batalla para combatir por la conquista de sus derechos, no se excusarían de asistir á las asambleas populares para defender la justicia de sus principios; (*Bravos y aplausos.*) y contaba con el concurso y el celo de los reclutas, porque la generación que se levanta, llena de ideales generosos, no tiene aneste-siada la fibra de sus sentimientos cívicos, y porque, digna heredera de su antecesora, no ha renegado del progreso y de la libertad,

deidades venerandas á las que consagra el culto fervoroso de sus entusiasmos juveniles. (*Grandes aplausos.*)

Las necesidades vitales de nuestro organismo político y lo anómalo de la situación presente, exigían este despliegue de fuerzas, esta tentativa de movilización de las milicias ciudadanas, en mérito á que el adversario tradicional—inhumado hace ya treinta años por los excesos mórbidos á que lo arrastraba fatalmente su temperamento de matoide—se siente, á semejanza del resucitado de las leyendas bíblicas, volver á la vida al conjuro de la voz imprecatoria de los apóstoles de su símbolo de fe, (*Aplausos.*) y en mérito también, señores, á que el maléfico y absorbente influjo de los poderes públicos ahoga desde hace cuatro lustros las aspiraciones más legítimas de la voluntad nacional en la máquina neumática de las trapacerías y de los chanchullos electorales, (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*) y suplanta el *self-government*, el gobierno libre de las grandes entidades políticas, con el lecho de Procusto de las organizaciones gubernativas.

Fuera de los dos órdenes de causas apun-
tadas, y que tienden á hacer viable la orga-
nización de nuestro partido con independencia
de toda vinculación gubernativa, y á pesar
de toda coacción gubernativa, hay razones
de higiene, de profilaxia y de moral políti-
cas que conspiran al mismo fin y que deben
ser atendidas si se quiere cuidar de su sa-
nidad en lo presente y de su suerte en lo
futuro. (*Muy bien!*) Me refiero, señores, á la
responsabilidad que al partido colorado se le
puede imputar con motivo de los gobiernos
que, llamándose sus representantes, se vienen
sucediendo en la jefatura del país; gobiernos
cuyo origen espurio se entronca con el golpe
de Estado del 75, cuyo poder estriba en la
brutalidad de la fuerza, (*Bravos y aplausos.*)
y cuya razón de subsistencia se halla en el
sincretismo multicolor de una política que vi-
ve, como Mitridates, de continuos envenena-
mientos, y que, reducida á su más exacta
expresión, no es otra cosa que el régimen
de una oligarquía en que se invocan los al-
tos y permanentes intereses de la patria pa-
ra satisfacer los bajos y transitorios intereses
de los círculos. (*Unánimes aclamaciones.*)

Hemos tenido en la suprema magistratura de la nación, invocando dolosamente la representación de nuestra comunidad política, á la apostasía hermanada con el crimen en el gobierno de Pereira; al motin y á la bancarrota en el de Varela; al despotismo sensual y sangriento en el de Latorre; á la cortesanía palaciega en el de Vidal; á la rapacidad en el de Santos; á la superchería bancaria en el de Tajés, y al tartufismo en el de Herrera. (*Repetidos y prolongados aplausos.*) Mas lo que no habíamos tenido, ni podíamos esperar, pero que desgraciadamente tenemos, es la imbecilidad y el nepotismo organizados como gobierno (*Frenéticos aplausos.*) y extendiéndose, como un pólipo gigantesco, por todos los ramos de la pública administración. (*Muestras generales de aprobación.*)

Es decir, señores, que el mandatario del 58 fué un monstruo, el del 75 un usurpador, el del 77 un verdugo, el del 80 una parodia de Ruy Blas, (*Viva aprobación.*) el del 83 un kleptómano, el del 88 un prestidigitador malabar, (*Risas.*) y el del 90 un aristócrata vividor nacido del *ménage à trois* de Maquiavelo, de Tartarin y la lujuria. (*Grandes*

aplausos.) Pero el que desde hace tres años inviste entre nosotros la gerarquía más alta en una democracia, es peor, si cabe, que todos los demás, puesto que es una irrisión; (*Grandes aplausos.*) y ya se sabe, señores, que la irrisión es aún más afrentosa por lo que tiene de grotesca que por lo que tiene de infamante. (*Estruendosos aplausos y aclamaciones.*)

Agregad á lo dicho que si se aplica, como aplicarse debe, á las instituciones político-sociales, para juzgar de su eficacia ó ineficacia moral, el criterio con que por cierto sistema filosófico se valoran éticamente los actos de los hombres; si á juzgarlas vamos por sus ulterioridades próximas ó remotas y por sus consecuencias útiles ó nocivas, fijaos bien, señores, yo os lo ruego, fijaos bien en lo que sucede. De la administración del prohijador del asesinato colectivo de Quinteros, queda á nosotros, los correligionarios de las víctimas, lo que nunca muere: la sublime enseñanza del martirio; (*Aplausos.*) y queda para ellos, el victimario y los coadjutores, lo que nunca se extingue: la eterna condenación de la historia. (*Nutridos y*

prolongados aplausos.) De la administración del motinero que se adueñó del poder trepando sobre el escabel ensangrentado de las bayonetas liberticidas, queda el levantamiento cívico de la *Tricolor*, como explosión volcánica de las iras populares, y el ostracismo inhumano de la barca *Puig*, lanzada á los embates azarosos de la mar y de la suerte, tan ciegos, sí, pero menos inexorables que el corazón de los tiranos; (*Bravos y aplausos.*) revolución legítima é inícuca expatriación que patentizan de consuno que, aun en las épocas de más descrédito para el honor nacional, hay ciudadanos altivos cuyas frentes, erguidas como las cumbres de los montes y como ellas impasibles, desafían el flagelante poder de las cóleras oficiales. (*Grandes aplausos.*) De la administración del pretoriano que aterrorizó al país con sus crueldades tiberianas, queda una obra meritoria: la extirpación del matreraje merodeador, y una conquista trascendente: el arraigo del sistema educativo vareliano. De la administración de aquel ególatra que llevó sus insensateces hasta hacerse nombrar Capitán General de los ejércitos de la República, queda, como

el salvamento de un naufragio, el espíritu liberal que informa las leyes de matrimonio civil y de conventos; (*Muy bien!*) y de las administraciones de Tajés y Herrera y Obes, quedan, de la una, el espejismo de una era de florecimiento económico y la ilusión de la confraternidad, y de la otra, el acatamiento del militarismo indisciplinado á la autoridad legal de los poderes públicos. (*Asentimiento.*) Mientras que si del actual régimen gubernativo algo resta, consistirá ese algo en un escarnio: el unicato chaná, (*Profunda sensación.*) y en una afrenta: la implantación del Arzobispado en la vida institucional de la República. (*Frenéticos aplausos.*)

Quizá por alguien se me arguya que es poco pertinente en actos de esta índole—en que gran parte del éxito depende de la concentración y armonía de todas las fuerzas—instaurar procesos históricos á hombres y situaciones que, si bien han incurrido en faltas y bastardeado los dogmas y la liturgia de nuestro credo, tienen sus servicios á la causa de las instituciones y su tinte de coloradismo. Pero independientemente de que yo rechazo, por inmoral y absurdo, ese cri-

terio oportunista de componendas con el mal —llámese como se quiera, ó revistase con los colores de cualquier divisa—(*Muy bien !*) es obligación impuesta por el civismo defender la libertad, tanto de los atentados de los supuestos amigos que la desnaturalizan, como de las asechanzas de los enemigos descubiertos que la maltratan. (*Aplausos.*) El espíritu de nuestro partido encuéntrase, señores, en el acendrado patriotismo de Rivera, en la virtud integérrima de Suárez, en el valor republicano de Flores, en la alta probidad de Batlle, en la honradez acrisolada de Gomensoro y en la abnegación patricia de Ellauri. (*Bravos y aplausos.*) Él lleva á sus prohombres al martirologio del 58 y á regar con su generosa sangre, el 10 de Enero, las baldosas de la Plaza Constitución, en defensa de la libertad del sufragio; (*Aplausos prolongados.*) redime en Caseros al argentino y abate en Yatay el poder autocrático del déspota paraguayo, y late donde quiera que haya necesidad de trozar las cadenas del oprimido y yazgan en Calvario ignominioso la libertad y la justicia. (*Grandes aplausos y aclamaciones.*)

De todo este caudal de hechos y doctrinas fluye con evidencia avasalladora, la necesidad moral y material de organizar el partido colorado sobre la base de una independencia absoluta; el deber de empeñar una guerra sin tregua á la comandita de usufructuarios que usurean con las gloriosas tradiciones de la Defensa, (*Entusiastas y unánimes aplausos.*) y la obligación solemne de recurrir á la *ultima ratio* á que deben apelar los pueblos en sus grandes tribulaciones, cuando, agotada la totalidad de los recursos lícitos, no queda otra solución que esos cataclismos sociales que, á modo de las tormentas, tienen la virtud de purificar la envenenada atmósfera y barrer las nubes que encapotan y entenebrece el cielo de la patria. (*Bravos y aplausos prolongados.*)

¿Sabéis lo que para ello se necesita?

Que la dirección de los trabajos tendentes al logro de la patriótica iniciativa perdure en manos de hombres austeros, de aquellos que no posponen sus ideales de ciudadanos á las canonjías de los puestos retribuidos fastuosamente, y que no saben vender sus derechos de primogenitura cívica por un

asiento en los festines baltasáricos del oficialismo. (*Explosión de aplausos y aclamaciones.*)

¿Queréis la mejor garantía de éxito?

Pues ella se halla en ciudadanos que, como el venerable octogenario que preside esta asamblea, don Tomás Gomensoro, es la mayor altura moral de nuestra orografía política, (*Grandes aplausos.*) y el doctor don Juan Carlos Blanco y don José Batlle y Ordóñez, dos de los representantes más caracterizados del civismo nacional. (*Aplausos y aclamaciones.*)

Y si me fuera lícito exponerles, en nombre de los elementos jóvenes de mi partido, lo que de ellos se espera y lo que de ellos se exige, he aquí, señores, lo que les diría en el momento supremo de la cita para las luchas reivindicadoras del derecho: La juventud colorada, que persigue vuestras mismas ideas y á la que la impulsan idénticos motivos, sometida á las fluctuaciones y turbulencias de nuestra incipiente democracia, requiere, como los navegantes, faros luminosos que la lleven á seguro puerto, al través de las tempestades huracanadas de nuestra po-

lítica. (*Bravos y aplausos.*) Pues bien, vosotros, que sois, por vuestros merecimientos y servicios, tres de los más dignos ciudadanos de la República, no podéis, no debéis dejar de prestarle vuestro inapreciable concurso, poniéndoos á su frente, iluminándola con vuestros sanos consejos, y conduciéndola, como la columna de fuego que guiaba á los israelitas durante la noche, á la conquista de la tierra de promisión de la libertad. (*Nutridos y prolongados aplausos.*)

Esforcémonos todos, señores, por que el sol de la justicia se eleve en nuestros horizontes políticos, para luchar, como el héroe griego, bajo la luz, por los eternos é imprescriptibles principios del deber y del derecho. (*Grandes y prolongados aplausos. Ovación entusiasta al orador.*)

